

El Conde Lucanor

Infante don Juan Manuel

(selección)



CUENTO II

LO QUE SUCEDIO A UN HONRADO LABRADOR CON SU HIJO

Otra vez, hablando el conde Lucanor con Patronio, su consejero, le dijo que estaba muy preocupado por una cosa que quería hacer; pues, si llegaba a hacerla, sabía muy bien que muchas gentes le criticarían, y si no lo hacía estaba convencido de que también le podrían criticar e incluso con razón. Después de haberle explicado el asunto, le rogó a Patronio que le dijera lo que haría en su caso.

-Señor conde Lucanor-respondió Patronio-, bien sé yo que hay muchos que os podrían aconsejar mejor que yo, y que Dios os ha dado tan buen entendimiento que poca falta os hace mi consejo; pero, pues lo queréis, os diré lo que creo debéis hacer. Pero antes quisiera que me dierais licencia para contaros lo que sucedió una vez a un honrado labrador con su hijo.

El conde le dijo que se la daba de muy buena gana.

-Señor-comenzó Patronio-, había una vez un labrador honrado que tenía un hijo que, aunque muy joven, era de agudísimo entendimiento. Cada vez que su padre quería hacer alguna cosa, él le señalaba los inconvenientes que podía tener, y, como son muy pocas las que no los tienen, de esta manera le apartaba de hacer muchas cosas que le convenían. Habéis de saber que los mozos más inteligentes son los que están más expuestos a hacer lo que menos les conviene, pues tienen entendimiento para emprender lo que luego no saben cómo terminar, por lo que, si no se les aconseja, yerran muchas veces. Así, aquel mozo, por su sutileza de entendimiento y falta de experiencia, era un obstáculo para su padre en muchas ocasiones. Por lo cual éste, cuando ya le había aguantado mucho tiempo y estaba muy fastidiado por los perjuicios recibidos a causa de lo que no le dejaba hacer y por lo que continuamente le estaba diciendo, resolvió poner por obra lo que ahora oiréis, con el fin de que le sirviera de amonestación y de ejemplo de cómo obrar de allí en adelante.

Este hombre y su hijo eran labradores y vivían cerca de una villa. Un día de mercado le dijo a su hijo que fueran los dos a comprar algunas cosas que necesitaban. Para lo cual llevaron una bestia. Camino del mercado, yendo ambos a pie con la bestia sin carga, encontraron a unos hombres que venían de la villa adonde ellos iban. Cuando, después de saludarse, se separaron unos de los otros, los que encontraron empezaron a decir entre ellos que no parecían muy sensatos el padre ni el hijo, pues llevando la bestia sin carga marchaban a pie. El labrador, después de oír esto, preguntó a su hijo qué le parecía lo que aquéllos decían. Respondióle el mozo que creía no era natural el ir a pie los dos. Entonces mandó el honrado labrador a su hijo que montara la bestia.

Yendo así por el camino encontraron a otros hombres que, al separarse de ellos, dijeron que no estaba bien que, el honrado labrador fuera a pie, siendo viejo y cansado, mientras su hijo que, por ser mozo, podía sufrir mejor los trabajos, iba cabalgando. Preguntó entonces el padre al hijo qué le parecía lo que éstos decían. Contestó el mancebo que tenían razón. En vista de ello le mandó que bajara de la bestia y se subió él a ella.

A poco rato tropezaron con otros, que dijeron que era un desatino dejar a pie al mozo, que era tierno y aún no estaba hecho a las fatigas, mientras el padre, acostumbrado a ellas, montaba la bestia. Entonces le preguntó el labrador a su hijo qué opinaba de esto. Respondióle el mancebo que, según su opinión, decían la verdad. Al oírlo su padre le mandó se subiese también en la bestia, para no ir a pie ninguno de los dos.

Yendo de este modo encontraron a otros que empezaron a decir que la bestia que montaban estaba tan flaca que apenas podía andar ella sola y que era un crimen ir los dos subidos. El honrado labrador preguntó a su hijo qué le parecía lo que aquéllos decían. Respondióle el hijo que era ello muy cierto. Entonces el padre replicó de este modo:

-Hijo, piensa que cuando salimos de casa y veníamos a pie y traíamos la bestia sin carga ninguna, tú lo aprobaste. Cuando encontramos gentes en el camino que lo criticaron y yo te mandé montarte en la bestia y me quedé a pie, también lo aprobaste. Después tropezamos con otros hombres que dijeron que no estaba bien y, en vista de ello, te bajaste tú y me monté yo, y a ti también te pareció muy bien. Y porque los que luego encontramos nos lo criticaron, te mandé subir en la bestia conmigo; entonces dijiste que era esto mejor que el ir tú a pie y yo solo en la bestia. Ahora éstos dicen que no hacemos bien en ir los dos montados y también lo apruebas. Pues nada de esto puedes negar, te ruego me digas qué es lo que podemos hacer que no sea criticado: ya nos criticaron ir los dos a pie, ir tú montado y yo a pie, y viceversa, y ahora nos critican el montar los dos. Fíjate bien que tenemos que hacer alguna de estas cosas, y que todas ellas las critican. Esto ha de servirte para aprender a conducirte en la vida, convenciéndote de que nunca harás nada que a todo el mundo le parezca bien, pues si haces una cosa buena, los malos, y además todos aquéllos a quienes no beneficie, la criticarán, y si la haces mala, los buenos, que aman el bien, no podrán aprobar lo que hayas hecho mal. Por tanto, si tú quieres hacer lo que más te convenga, haz lo que creas que te beneficia, con tal que no sea malo, y en ningún caso lo dejes de hacer por miedo al qué dirán, pues la verdad es que las gentes dicen lo primero que se les ocurre, sin pararse a pensar en lo que nos conviene.

A vos, señor conde Lucanor, pues me pedís consejo sobre esto que queréis hacer, pero que teméis que os critiquen, aunque estáis seguro de que también lo harán si no lo hacéis, os aconsejo que antes de ponerlo por obra miréis el daño o provecho que os puede venir, y que, no fiándoos de vuestro criterio y teniendo cuidado de que no os engañe la violencia del deseo, busquéis el consejo de los que son inteligentes, fieles y capaces de guardar secreto, y si no encontráis tales consejeros, procurad no tomar resoluciones muy arrebatadas, sino, si son cosas que no se pierden por la dilación, dejad pasar por lo menos un día y una noche. Con tales precauciones os aconsejo no dejéis de hacer por temor a las críticas lo que os convenga.

El conde tuvo por buen consejo éste de Patronio, púsolo por obra y le salió muy bien. Cuando don Juan oyó este cuento lo mandó poner en este libro y escribió estos versos, donde se encierra su moraleja:

*Por miedo de las críticas, no dejéis de hacer
lo que más conveniente pareciere ser .*

3

CUENTO V

LO QUE SUCEDIO A UNA ZORRA CON UN CUERVO QUE TENIA UN PEDAZO DE QUESO EN EL PICO

Hablando otra vez el conde Lucanor con Patronio su consejero, díjole así:

-Patronio, un hombre que se dice amigo mío me empezó a elogiar mucho, dándome a entender que yo tenía mucho mérito y mucho poder. Cuando me hubo halagado de esta manera todo lo que pudo, me propuso una cosa que a mí me parece que me conviene.

Entonces el conde le contó a Patronio lo que su amigo le proponía, que, aunque a primera vista se dijera provechoso, ocultaba un engaño, del que Patronio se apercibió. Por lo cual dijo al conde:

-Señor conde Lucanor, sabed que este hombre os quiere engañar, dándoos a entender que vuestros méritos y vuestro poder son mayores que en la realidad. Para que os podáis guardar del engaño que quiere haceros, me gustaría que supierais lo que sucedió al cuervo con la zorra.

El conde le preguntó qué le había sucedido.

-Señor conde-dijo Patronio-, el cuervo encontró una vez un pedazo muy grande de queso y se subió a un árbol para comer el queso más a gusto y sin que nadie le molestara. Estando así el cuervo pasó la zorra y, cuando vio el queso, empezó a pensar en la manera de poder quitárselo. Con este objeto dijo lo siguiente:

-Don Cuervo, hace ya mucho tiempo que he oído hablar de vuestras perfecciones y de vuestra hermosura. Aunque mucho os busqué, por voluntad de Dios o por desdicha mía, no os vi hasta ahora, que hallo que sois muy superior a lo que me decían. Para que veáis que no me propongo lisonjearos os diré, junto con lo que las gentes en vos alaban, aquellos defectos que os atribuyen. Todo el mundo dice que como el color de vuestras plumas, ojos, pico, patas y garras es negro, y este color no es tan bonito como otros colores, el ser todo negro os hace muy feo, sin darse cuenta de que se equivocan, pues aunque es verdad que vuestras plumas son negras, su negrura es tan brillante que tiene reflejos azules, como las plumas del pavo real, que es el ave más hermosa del mundo. Y, aunque vuestros ojos son negros, el color negro es para los ojos mucho más hermoso que ningún otro, pues la propiedad de los ojos es ver, y como el negro hace ver mejor, los ojos negros son los mejores, por lo cual los ojos de la gacela, que son más oscuros que los de los otros animales, son muy alabados. Además, vuestro pico y vuestras garras son mucho más fuertes que los de ninguna otra ave de vuestro tamaño. También tenéis, al volar, tan gran ligereza, que podéis ir contra el viento, por recio que sea, lo que ninguna otra puede hacer tan fácilmente como vos. Fuera de esto estoy convencida de que, pues en todo sois tan acabado y Dios no deja nada imperfecto, no os habrá negado el don de cantar mucho mejor que ningún otro pájaro. Pero, pues Dios me hizo la merced de que os viese, y contemplo en vos más perfecciones de las que oí, toda mi vida me tendría por dichosa si os oyese cantar.

Fijaos bien, señor conde, que aunque la intención de la zorra era engañar al cuervo, lo que dijo fue siempre verdad. Desconfiad de la verdad engañosa, que es madre de los peores engaños y perjuicios que pueden venimos.

Cuando el cuervo vio de qué manera le alababa la zorra y cómo le decía la verdad, creyó que en todas las cosas se la diría y la tuvo por amiga, sin sospechar que esto lo hacía por quitarle el queso que tenía en el pico. Conmovido, pues, por sus elogios y por sus ruegos para que cantara, abrió el pico, con lo que cayó el queso en tierra. Cogiolo la zorra y huyó con él. De esta manera engañó al cuervo haciéndole creer que era muy hermoso y que tenía más perfecciones de lo que era verdad.

Vos, señor conde Lucanor, pues veis que, aunque Dios os hizo merced en todo, ese hombre os quiere persuadir de que tenéis mucho más mérito y más poder, convenceos de que lo hace para engañaros. Guardaos bien de él, que, haciéndolo, obraréis como hombre prudente.

Al conde agradó mucho lo que Patronio le dijo e hízolo así, y de esta manera evitó muchos daños. Como don Juan comprendió que este cuento era bueno, hízolo poner en este libro y escribió unos versos en que se expone abreviadamente su moraleja y que dicen así:

*Quien te alaba lo que tú no tienes,
cuida que no te quite lo que tienes.*

CUENTO VI

LO QUE PASÓ A LA GOLONDRINA CON LOS OTROS PÁJAROS CUANDO SEMBRÓ EL HOMBRE LINO

4

Un día, hablando el conde Lucanor con Patronio, su consejero, díjole así:

-Patronio, a mí me dicen que unos señores, vecinos míos, que son más poderosos que yo, se están juntando contra mí y que se preparan a hacerme daño; yo no lo creo ni les tengo miedo, pero por la confianza que me merecéis, quiero me digáis si creéis que debo tomar alguna precaución.

-Señor conde Lucanor -respondió Patronio-, para que hagáis lo que creo os conviene, me agradecería mucho que supierais lo que sucedió a la golondrina con los otros pájaros.

El conde le preguntó qué le había sucedido.

-Señor conde -dijo Patronio-, la golondrina vio que el hombre sembraba lino, y con su mucha inteligencia comprendió en seguida que si el lino nacía podrían los hombres hacer con él redes y lazos para cazar pájaros. Fuese inmediatamente a los otros pájaros, los reunió y les dijo que el hombre sembraba lino y que estuvieran seguros de que si nacía les traería mucho daño, por lo cual les aconsejaba que, antes que naciese, fueran a arrancarlo, pues todos los males se previenen mejor al comienzo y después es más difícil salir a su encuentro. Los pájaros no dieron importancia a ello, negándose a hacer lo que les proponía. La golondrina insistió mucho, hasta convencerse de que ningún otro pájaro se preocupaba. Cuando el lino creció tanto que los pájaros no lo podían arrancar con las patas ni con los picos y vieron que era ya tarde para impedir el daño que les amenazaba, se arrepintieron de no haber seguido antes el consejo de la golondrina. Pero el arrepentimiento les vino solo cuando de nada podía ya servirles. Antes de esto, al ver la golondrina que los demás pájaros no querían prevenir el daño que venía, fuese para el hombre y, poniéndose bajo su protección, ganó seguridad para sí y su especie. Desde entonces viven las golondrinas seguramente en casa del hombre. A los demás pájaros que no quisieron prevenir el daño, los cazan todos los días con redes y con lazos.

Vos, señor conde Lucanor, si queréis ponerlos a cubierto de lo que teméis os pueda venir, precaveos y tomad precauciones antes de que venga, pues no es prudente el que ve las cosas cuando suceden, sino el que por barruntos o por señales conoce el daño y lo impide a tiempo.

Al conde le gustó mucho este consejo y lo puso en práctica con mucho éxito. Viendo don Juan que este cuento era bueno, lo hizo poner en este libro y escribió unos versos que dicen así:

*Para que los males no puedan llegar,
su raíz al comienzo debemos cortar.*

CUENTO VII

LO QUE SUCEDIO A UNA MUJER LLAMADA DOÑA TRUHANA

Otra vez habló el conde Lucanor con Patronio, su consejero, del siguiente modo:

-Patronio, un hombre me ha aconsejado que haga una cosa, y aun me ha dicho cómo podría hacerla, y os aseguro que es tan ventajosa que, si Dios quisiera que saliera como él lo dijo, me convendría mucho, pues los beneficios se encadenan unos con otros de tal manera que al fin son muy grandes.

Entonces refirió a Patronio en qué consistía. Cuando hubo terminado, respondió Patronio:

-Señor conde Lucanor, siempre oí decir que era prudente atenerse a la realidad y no a lo que imaginamos, pues muchas veces sucede a los que confían en su imaginación lo mismo que sucedió a doña Truhana.

El conde le preguntó qué le había sucedido.

-Señor conde -dijo Patronio-, hubo una mujer llamada doña Truhana, más pobre que rica, que un día iba al mercado llevando sobre su cabeza una olla de miel. Yendo por el camino empezó a pensar que vendería aquella olla de miel y que compraría con el dinero una partida de huevos, de los cuales nacerían gallinas, y que luego, con el dinero en que vendería las gallinas compraría ovejas, y así fue comprando con las ganancias hasta que se vio más rica que ninguna de sus vecinas. Luego pensó que con aquella riqueza que pensaba tener casaría a sus hijos e hijas e iría acompañada por la calle de yernos y nueras, oyendo a las gentes celebrar su buena ventura, que la había traído a tanta prosperidad desde la pobreza en que antes vivía. Pensando en esto se empezó a reír con la alegría que le bullía en el cuerpo, y, al reírse, se dio con la mano un golpe en la frente, con lo que cayó la olla en tierra y se partió en pedazos. Cuando vio la olla rota, empezó a lamentarse como si hubiera perdido lo que pensaba haber logrado si no se rompiera. De modo que, por poner su confianza en lo que imaginaba, no logró nada de lo que quería.

Vos, señor conde Lucanor, si queréis que las cosas que os dicen y las que pensáis sean un día realidad, fijaos bien en que sean posibles y no fantásticas, dudosas y vanas, y si quisierais intentar algo guardaos muy bien de aventurar nada que estiméis por la incierta esperanza de un galardón de que no estéis seguro.

Al conde agradó mucho lo que dijo Patronio, hízolo así y le salió muy bien, y como don Juan gustó de este ejemplo, lo mandó poner en este libro y escribió estos versos:

*En las cosas ciertas confiad
y las fantásticas evitad.*

CUENTO XI

LO QUE SUCEDIÓ A UN DEÁN DE SANTIAGO CON DON ILLÁN, EL MAGO DE TOLEDO

Otro día, hablando el conde Lucanor con Patronio, su consejero, dijo lo siguiente:

-Patronio, una persona vino a rogarme que le ayudara en un asunto en que me necesita, prometiéndome que haría por mí luego lo que le pidiera. Yo le empecé a ayudar todo cuanto pude. Antes de haber logrado lo que pretendía, pero dándole él ya por hecho, le pedí una cosa que me convenía mucho que la hiciera y él se negó, con no sé qué pretexto. Después le pedí otra cosa en que podía servirme y volvió a negarse, y lo mismo hizo con todo lo que fui a pedirle. Pero aún no ha logrado lo que pretendía ni lo logrará, si yo no le ayudo. Por la confianza que tengo en vos y en vuestro buen criterio os agradecería que me aconsejarais lo que debo hacer.

-Señor conde -respondió Patronio-, para que podáis hacer lo que debéis, conviene sepáis lo que sucedió a un deán de Santiago con don Illán, el mago de Toledo.

Entonces el conde le preguntó qué le había pasado.

-Señor conde -dijo Patronio-, había un deán en Santiago que tenía muchas ganas de saber el arte de la nigromancia. Como oyó decir que don Illán de Toledo era en aquella época el que la sabía mejor que nadie, se vino a Toledo a estudiarla con él. Al llegar a Toledo se fue en seguida a casa del maestro, a quien halló leyendo en un salón muy apartado. Cuando le vio entrar le recibió muy cortésmente y dijo no quería le explicara la causa de su venida hasta haber comido, y, demostrándole estimación, le alojó en su casa, le proveyó de lo necesario a su comodidad y le dijo que se alegraba mucho de tenerle consigo. Después que hubieron comido y quedaron solos le contó el deán el motivo de su viaje y le rogó muy encarecidamente que le enseñara la ciencia mágica, que tenía tantos deseos de estudiar a fondo. Don Illán le dijo que él era deán y hombre de posición dentro de la Iglesia y que podía subir mucho aún, y que los hombres que suben mucho, cuando han alcanzado lo que pretenden, olvidan muy pronto lo que los demás han hecho por ellos; por lo que él temía que, cuando hubiera aprendido lo que deseaba, no se lo agradecería ni querría hacer por él lo que ahora prometía. El deán entonces le aseguró que, en cualquier dignidad a que llegara, no haría más que lo que él le mandase. Hablando de esto estuvieron desde que acabaron de comer hasta la hora de cenar. Puestos de acuerdo, le dijo el maestro que aquella ciencia no se podía aprender sino en un lugar muy recogido y que esa misma noche le enseñaría dónde habrían de estar hasta que la aprendiera. Y, cogiéndole de la mano, le llevó a una sala, donde, estando solos, llamó a una criada, a la que dijo que tuviera listas unas perdices para la cena, pero que no las pusiera a asar hasta que él lo mandase.

Dicho esto, llamó al deán y se entró con él por una escalera de piedra, muy bien labrada, y bajaron tanto que le pareció que el Tajo tenía que pasar por encima de ellos. Llegados al fondo de la escalera le enseñó el maestro unas habitaciones muy espaciosas y un salón muy bien alhajado y con muchos libros, donde darían clase. Apenas se hubieron sentado y cuando elegían los libros por donde habrían de empezar las lecciones entraron dos hombres, que dieron una carta al deán, en la que le decía el arzobispo, su tío, que estaba muy malo y le rogaba que, si quería verle vivo, se fuera en seguida para Santiago. El deán se disgustó mucho por la enfermedad de su tío y porque tenía que

dejar el estudio que había comenzado. Pero resolvió no dejarlo tan pronto y escribió a su tío una carta, contestando la suya. A los tres o cuatro días llegaron otros hombres a pie con cartas para el señor deán en que le informaban que el arzobispo había muerto y que en la catedral estaban todos en elegirle sucesor suyo y muy confiados en que por la misericordia de Dios le tendrían por arzobispo; por todo lo cual era preferible no se apresurara a ir a Santiago, ya que mejor sería que le eligieran estando él fuera que no en la diócesis.

Al cabo de siete u ocho días vinieron a Toledo dos escuderos muy bien vestidos y con muy buenas armas y caballos, los cuales, llegando al deán, le besaron la mano y le dieron las cartas en que le decían que le habían elegido. Cuando don Illán se enteró, se fue al arzobispo electo y le dijo que agradecía mucho a Dios le hubiera llegado tan buena noticia estando en su casa, y que, pues Dios le había hecho arzobispo, le pedía por favor que diera a su hijo el deanazgo que quedaba vacante. El arzobispo le contestó que tuviera por bien que aquel deanazgo fuera para un hermano suyo, pero que él le prometía que daría a su hijo, en compensación, otro cargo con que quedaría muy satisfecho, y acabó pidiéndole lo acompañara a Santiago y llevara a su hijo. Don Illán le dijo que lo haría.

Fuéronse, pues, para Santiago, donde los recibieron muy solemnemente. Cuando hubieron pasado algún tiempo allí, llegaron un día mensajeros del papa con cartas para el arzobispo, donde le decía que le había hecho obispo de Tolosa y que le concedía la gracia de dejar aquel arzobispado a quien él quisiera. Cuando don Illán lo supo, le pidió muy encarecidamente lo diese a su hijo, recordándole las promesas que le había hecho, y lo que antes había sucedido, pero el arzobispo le rogó otra vez que consintiera se lo dejara a un tío suyo, hermano de su padre. Don Illán replicó que, aunque no era justo, pasaba por ello, con tal que le compensara más adelante. El arzobispo volvió a prometerle con muchas veras que así lo haría y le rogó que se fuera con él y llevara a su hijo.

Al llegar a Tolosa fueron recibidos muy bien por los condes y por toda la gente principal de aquella región. Habiendo pasado en Tolosa dos años, vinieron al obispo emisarios del papa, diciéndole que le había hecho cardenal y que le autorizaba a dejar su obispado a quien él quisiera. Entonces don Illán se fue a él y le dijo que, pues tantas veces había dejado sin cumplir sus promesas, ya no era el momento de más dilaciones, sino de dar el obispado que vacaba a su hijo. El cardenal le rogó que no tomara a mal que aquel obispado fuera para un tío suyo, hermano de su madre, hombre de edad y de muy buenas prendas, pero que, pues él había llegado a cardenal, le acompañara a la corte romana, que no faltarían muchas ocasiones de favorecerle. Don Illán se lamentó mucho, pero accedió y se fue para Roma con el cardenal.

Cuando allí llegaron, fueron muy bien recibidos por los demás cardenales y por toda Roma. Mucho tiempo vivieron en Roma, rogando don Illán cada día al cardenal que le hiciera a su hijo alguna merced, y él excusándose, hasta que murió el papa. Entonces todos los cardenales le eligieron papa: Don Illán se fue a él y le dijo que ahora no podía poner pretexto alguno para no hacer lo prometido. El papa replicó que no apretara tanto, que ya habría lugar de favorecerle en lo que fuera justo. Don Illán se lamentó mucho, recordándole las promesas que le había hecho y no había cumplido, y aun añadió que esto lo había él temido la primera vez que le vio, y que, pues había llegado tan alto y no le cumplía lo prometido, no tenía ya nada que esperar de él. De lo cual se molestó mucho el papa, que empezó a denostarle y a decirle que si más le apretaba le metería en la cárcel, pues bien sabía él que era hereje y encantador y que no había tenido en Toledo otro medio de vida sino enseñar el arte de la nigromancia.

Cuando don Illán vio el pago que le daba el papa, se despidió de él, sin que éste ni siquiera le quisiese dar qué comer durante el camino. Entonces don Illán le dijo al papa que, pues no tenía otra cosa que comer, habría de volverse a las perdices que había mandado asar aquella noche, y llamó a la mujer y le mandó que asase las perdices. Al decir esto don Illán, hallóse el papa en Toledo deán de Santiago, como lo era cuando allí llegó. Dióle tanta vergüenza lo que había pasado que no supo qué decir para disculparse. Don Illán le dijo que se fuera en paz, que ya había sabido lo que podía esperar de él, y que le parecía un gasto inútil invitarle a comer de aquellas perdices.

Vos, señor, conde Lucanor, pues veis que la persona por quien tanto habéis hecho os pide vuestra ayuda y no os lo agradece, no os esforcéis más ni arriesguéis nada más por subirlo a un lugar desde el cual os dé el mismo pago que dio aquel deán al mago de Toledo.

El conde, viendo que este consejo era muy bueno, lo hizo así y le salió muy bien, y como viese don Juan que este cuento era bueno, lo hizo poner en este libro y compuso estos versos:

*Del que vuestra ayuda no agradeciére,
menos ayuda tendréis cuanto más alto subiere.*

CUENTO XXIV
LO QUE SUCEDIÓ A UN REY QUE QUISO PROBAR A SUS TRES HIJOS

Un día hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y díjole así:

-Patronio, en mi casa se crían muchos mancebos, hijos de grandes señores, y otros, hijos de simples caballeros, en los cuales descubro cualidades muy singulares y variadas. Por vuestro buen entendimiento os ruego me digáis de qué manera podré conocer cuáles de estos mancebos llegarán a ser hombres de provecho.

-Señor conde -respondió Patronio-, esto es muy difícil de saber con certeza, pues no se puede conocer con seguridad nada del futuro, y lo que preguntáis atañe al futuro. Solo sabemos lo que se deduce de lo que se ve en los mozos por dentro y por fuera. Así vemos por fuera que las facciones, la apostura, el color, la forma del cuerpo y de todos los miembros reflejan la constitución de los órganos más importantes, como el corazón, el cerebro y el hígado. Pero aunque estas señales son elocuentes, nada se sabe con certeza, pues pocas veces las señales concuerdan, sino que unas señalan una cosa y otras lo contrario; aunque generalmente las obras corresponden a lo que anuncian. Los indicios más ciertos nos los da la cara y, sobre todo, los ojos, y también la apostura, que pocas veces nos engañan, y no creáis que por apostura se entiende ser un hombre hermoso, pues hay muchos hombres que son hermosos y no tienen apostura varonil, y otros que son feos y tienen mucho garbo y mucha gallardía. La forma del cuerpo y de los miembros nos revela la complexión; de ella deducimos si el hombre será valiente o ligero. Pero aunque esto se vea desde fuera, no se ve cómo serán las obras. Por eso digo que éstas son señales, lo que quiere decir que nos dan indicios, pero no nos dan seguridad, ya que la señal indica lo probable, pero no lo que forzosamente haya de pasar. Estas son las señales que se ven por fuera y que vuelvo a repetir son siempre dudosas. Para que podáis conocer el carácter de los mozos por las de dentro, que son un poco más seguras, me gustaría que supierais cómo probó un rey moro a sus tres hijos para ver cuál de ellos debía sucederle.

El conde le rogó que se lo contara.

-Señor conde Lucanor -dijo Patronio-, un rey moro tenía tres hijos; como entre los moros sucede al padre el hijo que él designa, cuando el rey llegó a la vejez los hombres más ilustres del país pidiéronle señalara cuál de aquellos hijos quería que reinara después de él. El rey respondió que se lo diría a la vuelta de un mes. A los ocho o diez días le dijo una tarde al hijo mayor que a la mañana siguiente, muy temprano, quería salir con él a caballo. Efectivamente, el infante vino en busca del rey, pero no tan temprano como le había dicho. Su padre, al verle, le dijo que mandara traer su ropa, que quería vestirse. El infante le dijo al camarero que trajera la ropa: éste le preguntó qué ropa quería. El infante fue a preguntárselo al rey, que respondió que quería la aljuba, lo que fue a decir al camarero, que preguntó qué almeja quería el rey. El infante volvió a preguntarlo. Esto sucedió con cada una de las prendas, yendo y viniendo el infante del rey al camarero, hasta que todo estuvo listo y, venido éste, vistió y calzó al rey.

Cuando el rey estuvo vestido y calzado, mandó al infante que hiciera traer su caballo. El infante lo dijo al caballero, que preguntó que cuál quería el rey. El infante entonces lo fue a preguntar a su padre y lo mismo hizo con la silla, el freno la espada y las espuelas: es decir, con todo lo necesario para cabalgar. Ya listo todo, le dijo el rey al infante que no podía salir de paseo, pero que fuera él por la ciudad y se fijara en todo lo que viera para contárselo. Cabalgó el infante, escoltado por los hombres más ilustres que había en la corte y acompañado de muchas trompetas, tambores y otros instrumentos. De este modo anduvo un rato por la ciudad. Cuando volvió, el rey le preguntó qué le parecía lo que había visto. Dijo que muy bien, pero que el ruido de los instrumentos le era muy molesto.

A los pocos días le mandó el rey al hijo segundo que viniese a él por la mañana. Así lo hizo el infante. El rey le sometió a las mismas pruebas que al hermano mayor. El infante dijo, como el otro, que la ciudad le parecía muy bien.

No pasaron muchos días sin que el padre invitara al hijo menor a salir con él muy temprano. El infante se levantó antes de que el rey se despertara, esperó a que lo hiciera, y entonces entró en su cámara a saludarle con la humildad y respeto que debía. El rey le pidió hiciese traer su ropa. El hijo menor le preguntó qué quería ponerse de vestir y calzar, y de una sola vez fue por ello y lo trajo, sin permitir que nadie más que él vistiera y calzara a su padre, dándole a entender que se alegraba mucho de servirle, y que, por ser su hijo, era muy natural que lo hiciera. Cuando el rey estuvo vestido y calzado, le dijo que mandara traer su caballo. El le preguntó qué caballo quería y con qué silla y freno, y con cuál espada, y de quién quería ir acompañado, y no olvidó nada de lo que hacía falta preguntar. Hecho esto, lo trajo todo y lo ordenó todo como su padre le había mandado. Entonces le dijo el rey que ya no quería cabalgar, mas que fuera él y le contara todo lo que viera. El infante cabalgó, acompañado por los cortesanos, como lo habían hecho los otros dos hijos. Nadie, sin embargo, sabía cuál era la intención del rey.

Cuando el infante salió de palacio mandó que le enseñaran el interior de la ciudad, las calles y el lugar donde su padre tenía su tesoro; preguntó cuáles eran las cosas más notables de ella y cuántos moradores y mezquitas tenía: después salió al campo, mandó reunir todos los hombres de armas de a pie y de a caballo que su padre tenía y les ordenó que hiciesen simulacros de batallas y otros juegos de armas. También vio los muros, torres y castillos de la ciudad. Cuando hubo visto todas estas cosas se volvió a palacio.

Al llegar el infante era ya muy tarde. Preguntó el rey por lo que había visto. Contestóle el infante que, si no le molestaba, le diría la verdad. El padre le mandó que se la dijera, so pena de su bendición. El infante le dijo que,

aunque siempre le creyó buen rey, se había convencido de que no lo era tanto, pues teniendo tanta y tan buena gente y tanto poder y tanto dinero no se explicaba que todo el mundo no fuera ya suyo. Al rey le agradó mucho la franqueza de su tercer hijo de modo que cuando llegó el momento de nombrar sucesor dijo que nombraba al más pequeño. Hizo esto llevado por las señales que vio en cada uno. Aunque hubiera preferido que le sucediera uno de los otros, creyó más prudente designar a éste.

Vos, señor conde Lucanor, si queréis saber qué mancebo será hombre de más provecho fijaos en estas cosas y de ellas podréis colegir algo y aun algo de lo que cada uno dará de sí. Al conde gustó mucho lo que Patronio le refirió. Como a don Juan le pareció este cuento muy bueno, lo hizo escribir en este libro e hizo unos versos que dicen así:

*Por sus dichos y hechos puedes conocer
lo que el mancebo llegará a ser.*

CUENTO XXV

LO QUE SUCEDIÓ AL CONDE DE PROVENZA, QUE FUE LIBRADO DE PRISIÓN POR EL CONSEJO QUE LE DIO SALADINO

El conde Lucanor hablaba una vez con Patronio, su consejero, de este modo:

-Patronio, un vasallo mío me dijo el otro día que quería casar a una parienta suya, y que así como él estaba obligado a aconsejarme lo mejor que pudiera, esperaba de mí que le aconsejara en este asunto lo más conveniente. Díjome también quiénes eran los que a su parienta pedían por mujer. Como me gustaría que este hombre acertara, y me consta que vos sabéis mucho de estas cosas, os ruego que me digáis lo que a vos os parece, de modo que yo pueda darle un consejo que le sea útil.

-Señor conde Lucanor -dijo Patronio-, para que podáis aconsejar bien a todo el que tenga que casar a una doncella, me gustaría mucho que supierais lo que sucedió al conde de Provenza con Saladino.

El conde le rogó que se lo contara.

-Señor conde Lucanor -dijo Patronio-, hubo en Provenza un conde que era muy bueno y que deseaba ardientemente hacer algo por salvar su alma y ganar la vida eterna, realizando hazañas que ilustraran su nombre y patria. Para ello reunió un gran ejército y, bien pertrechado de lo necesario, lo llevó a Tierra Santa, pensando que pasara lo que le pasara podría tenerse por dichoso, pues le vendría en servicio de Dios. Como los juicios de Dios son inescrutables y Nuestro Señor quiere muchas veces probar a sus elegidos, que, si saben sufrir la prueba con paciencia, ven que todo, al final, redundará en bien de ellos, quiso Dios poner a prueba al conde de Provenza y permitió que cayera preso en poder de Saladino, que reinaba entonces por aquellas tierras.

Saladino, conociendo las buenas cualidades del conde, le hacía mucha honra y trataba muy bien y, aunque le tenía cautivo, se aconsejaba de él en todos los asuntos importantes. Tan bien le aconsejaba el conde y tanto se fiaba de él el sultán que, estando prisionero, tenía la misma influencia y el mismo poder en todas las tierras que regía Saladino como hubiera tenido libre en la propia.

Cuando el conde salió de Provenza dejó una hija muy pequeñita. Tanto tiempo estuvo cautivo que su hija llegó a la edad de casarse. La condesa, su mujer, y los demás parientes le escribieron diciéndole cuántos hijos de reyes y de grandes señores la pedían por mujer. Un día, cuando vino el sultán a hablar con el conde, éste, después de haberle aconsejado en los asuntos que le consultó, le habló de este modo:

-Señor, vos me hacéis tanto favor y honra y os fiáis tanto de mí que yo me tendría por afortunado si os pudiera retribuir con algún servicio, y pues vos, señor, pedís mi consejo para resolver vuestros asuntos, contando yo con vuestra benevolencia y confiado en vuestro buen entendimiento, os pido, por favor, que me aconsejéis en un asunto que ahora me preocupa.

El sultán agradeció al conde sus palabras y le dijo que le aconsejaría de muy buena gana y aun que le ayudaría, si fuera necesario. Entonces le habló el conde de los pretendientes que pedían a su hija y le rogó tuviera la bondad de aconsejar cuál debía elegir. Respondió Saladino:

-Conde, yo sé que sois tan inteligente que, con pocas palabras que os diga, comprenderéis lo que quiero decir. Yo debo solo aconsejaros en la medida en que pueda hacerlo. Como no conozco a los que quieren casarse con vuestra hija, ni sé de qué familia son, ni qué poder tienen, ni cuáles son las cualidades de cada uno de ellos, ni a qué distancia están sus tierras de las vuestras, ni en qué exceden los unos a los otros, me limitaré a deciros que caséis a vuestra hija con un hombre.

El conde se lo agradeció mucho, comprendiendo muy bien lo que quería decir. Contestó entonces el conde a su mujer y a sus demás parientes, contándoles el consejo que el sultán le había dado, y pidiéndoles que averiguaran, y que le enviaran razón por escrito, de las costumbres y cualidades de cuantos caballeros había en su tierra, sin fijarse en poder ni riquezas, así como de las de los hijos de los reyes y grandes señores que querían casarse con su hija. La condesa y los demás parientes se asombraron mucho, pero hicieron lo que les mandaba, y pusieron por escrito las cualidades, buenas o malas, y demás circunstancias de los pretendientes de la doncella, así como de cuantos caballeros había en la región.

Cuando el conde recibió el escrito lo mostró al sultán; al verlo Saladino, aunque, en general, eran todos muy buenos, encontró en los hijos de los reyes y grandes señores algunas tachas: unos eran borrachos, otros glotones, otros irascibles, otros huraños, otros soberbios, otros inclinados a malas compañías, otros tartamudos, otros tenían algún otro defecto. Halló, al lado de esto, que el hijo de un rico hombre no muy poderoso era, según los informes que al conde mandaban, el más cumplido y mejor caballero de que él en su vida hubiera oído hablar; en vista de lo cual aconsejó al conde que casara a su hija con aquel caballero, diciéndole que, aunque los otros fueran de familias más ilustres, mejor estaría casada con éste que con ninguno de los que tenían una o varias tachas, pues el hombre era más de estimar por sus obras que por sus riquezas o por su linaje.

El conde mandó decir a la condesa y a los demás parientes que casaran a su hija con el que Saladino había aconsejado. Aunque mucho se extrañaron, enviaron llamar al hijo de aquel rico hombre y le comunicaron lo que decía el conde. Respondióles que muy bien sabía que el conde era más rico y más noble que su padre, pero que estaba persuadido de que si él tuviera el mismo poder aquella doncella se podría tener por bien casada uniéndose a él; por lo cual creía que si lo decían por burla era hacerle un gran desaire y buscar su deshonor sin motivo alguno. Ellos replicaron que pensaban hacerlo fuera como fuera y le refirieron cómo Saladino había aconsejado al conde que le diera su hija antes que a ninguno de los hijos de reyes o grandes señores, y que le había elegido por ser más hombre.

Cuando esto oyó comprendió que era en serio y pensó que, pues el sultán le había escogido por ser más hombre y le había procurado tanta honra, no lo sería él si no hiciera lo que debía. Por eso contestó a la condesa y a los demás parientes que si querían que él creyese que era ello verdad le entregaran inmediatamente el gobierno del condado y sus rentas, sin decirles nada, sin embargo, de lo que tenía proyectado. A ellos agradó este requerimiento y se lo entregaron, según pedía. El tomó una gran cantidad de dinero, armó, en secreto, muchas galeras, se guardó una suma muy crecida y fijó el día del casamiento.

Celebradas las bodas con mucho esplendor, al llegar la noche, cuando fue a la habitación donde su mujer le estaba esperando, antes de consumir el matrimonio llamó a la condesa y a los demás parientes y les dijo, en secreto, que bien sabían ellos que el conde le había elegido, entre otros mejores, porque Saladino le había aconsejado que casara a su hija con un hombre, y que, pues el sultán y el conde le habían hecho tanta honra y le habían escogido por esta razón, estaba persuadido de que no sería un hombre si no hiciera aquello a que estaba obligado, por lo cual dejaba en sus manos aquella doncella con quien él había de casar y el condado, y se iba, esperando que Dios le guiaría para hacer lo debido, con lo que todo el mundo podría ver que realmente era un hombre. Dicho esto, montó a caballo y emprendió su camino. Se dirigió primero al reino de Armenia. Vivió allí el tiempo necesario para aprender la lengua y las costumbres del país. Entonces se enteró de que el sultán era muy cazador. En vista de ello reunió muchas y buenas aves de cetrería y muchos y buenos perros y se fue para él, dividiendo sus barcos y mandando uno a cada puerto, con orden de no abandonarlo hasta que él lo mandase.

Cuando llegó al sultán fue muy bien recibido; pero no le besó la mano ni le hizo homenaje, como suele hacerse a los que recibimos por señor. Saladino mandó que le dieran lo que necesitara; pero él, agradeciéndoselo mucho, no quiso tomar nada, y le dijo que no había venido en busca de ayuda, sino atraído por su mucha fama; que, si él quisiera, le gustaría poder pasar algún tiempo en su corte para aprender lo mucho bueno que en él y su gente había que imitar; y que, como sabía que era muy aficionado a la caza, le había traído muchas buenas aves y buenos perros, por lo cual le agradecería mucho que escogiera de ellos los que quisiera, que con los restantes le acompañaría él a cazar y le serviría en aquel ejercicio o en cualquier otro. Mucho le agradeció todo esto Saladino, quien cogió lo que le pareció de lo que le ofrecía; pero no pudo lograr que el otro recibiera ningún regalo ni le contara nada de su vida ni se uniera a él por vínculo alguno de los que obligan a la lealtad.

Como Dios Nuestro Señor ordena las cosas al fin que quiere, hizo que, yendo juntos a caza, los halcones salieran tras unas grullas, a las que alcanzaron encima de un puerto, donde estaba una de las galeras que el yerno del conde había repartido. El sultán, que iba en un buen caballo, y su compañero se alejaron tanto de las demás gentes que los perdieron a los dos de vista. Cuando Saladino llegó adonde estaban los halcones y la grulla, bajó a ayudarles; el yerno del conde, que venía con él, al verle en el suelo llamó a los del barco.

El sultán, que solo se ocupaba en cebar los halcones, cuando se vio rodeado por las gentes de la galera quedó asombrado. El yerno del conde sacó la espada y se fue contra él. Al verle Saladino comenzó a acusarle de traición. El yerno del conde le respondió que no permitiera Dios que él fuera traidor, mas que recordara que nunca le quiso

tomar por señor, ni aceptarle ningún regalo, ni recibir nada porque quedase obligado a guardarle lealtad, y que no se quejara, pues él mismo era autor de todo aquello. Dicho esto, le cogió y metió en la galera. Cuando le tuvo dentro, le dijo que era el yerno del conde, el mismo que él había elegido, entre otros mejores, por ser más hombre, y que, pues le había escogido por esta razón, no hubiera cumplido con su deber si no hubiera hecho esto. Por lo cual le rogaba que pusiera en libertad a su suegro para que éste viera cuán bien le había ido con el consejo que le había dado.

Cuando Saladino oyó esto alabó a Dios y se alegró más de haber acertado con su consejo que si hubiera aumentado su poder, por mucho que fuese. Por lo cual dijo al yerno del conde que lo libertaría de muy buena gana. El yerno del conde, fiando en su palabra, le dejó salir de la galera y se fue con él, mandando a los del barco que se alejaran del puerto tanto que no les pudieran ver los que a él llegaran. Saladino y el yerno del conde cebaron muy bien sus halcones. Cuando llegaron al sultán sus gentes le hallaron muy alegre, aunque no les dijo a ninguno nada de lo que le había sucedido. Al llegar a la ciudad fue a apearse a la casa donde tenía al conde prisionero, llevando consigo a su joven yerno; al verle, le dijo:

-Conde, mucho agradezco a Dios el haberme hecho acertar cuando os aconsejé en el casamiento de vuestra hija. Aquí tenéis a vuestro yerno, que os ha sacado de prisión.

Entonces le contó lo que había hecho su yerno, elogiando mucho el esfuerzo y prudencia que había mostrado para apoderarse de él y su nobleza al fiarse de su palabra. El conde y todos los que lo supieron loaron también mucho lo que había hecho el yerno, y alabaron a Dios, que había dispuesto que todo terminara tan felizmente. Entonces hizo el sultán muchos y muy ricos regalos al conde y a su yerno, y para compensar al primero de las fatigas del cautiverio le dio el doble de lo que montaban las rentas de su condado en todo ese tiempo y le envió a su tierra muy alegre y rico.

Todo lo cual fue consecuencia del consejo que le había dado de que casara a su hija con un hombre.

Vos, señor conde Lucanor, pues habéis de aconsejar a ese vasallo vuestro sobre el casamiento de su parienta, aconsejadle que mire mucho si la persona con quien la casa vale por sus méritos, que si no valiera, por más noble o rico que sea, no estará bien casada. Porque el hombre que vale ilustra su linaje, aumenta su fama y acrecienta sus bienes, y el que no vale está expuesto a perderlos. Muchos ejemplos os podría traer de hombres a quienes sus padres dejaron muy ricos y considerados y que, por no ser ellos como debían, perdieron sus bienes y el respeto de todos; por el contrario, muchos otros hombres, unos muy ilustres por sus pasados, otros de más modestos orígenes, aumentaron tanto por su esfuerzo y valía su hacienda y su fama que fueron más considerados por lo que hicieron que por lo que ganaron todos sus mayores. Estemos, por tanto, persuadidos de que todas las ventajas e inconvenientes con que se tropieza nacen de las cualidades que cada uno tiene, cualquiera que sea su clase u origen. Por eso, lo primero a que hay que atender en los casamientos es a las costumbres, a la inteligencia, a la educación y a la conducta de los contrayentes, y mirado esto, cuanto más ilustre sea el linaje, mayor la riqueza, más hermoso el físico y más estrecha la relación entre ambas familias, mejor será el casamiento; pero nunca debemos sacrificar lo secundario a lo más importante.

Al conde agradaron mucho los razonamientos de Patronio y se convenció de ello. Viendo don Juan que este cuento era bueno, lo hizo poner en este libro y escribió unos versos que dicen así:

*Verá la que se casa con un hombre
aumentar sus riquezas y buen nombre.*

CUENTO XXXV

LO QUE SUCEDIÓ A UN MANCEBO QUE SE CASÓ CON UNA MUCHACHA MUY REBELDE

Otra vez hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le decía:

-Patronio, un pariente mío me ha contado que lo quieren casar con una mujer muy rica y más ilustre que él, por lo que esta boda le sería muy provechosa si no fuera porque, según le han dicho algunos amigos, se trata de una doncella muy violenta y colérica. Por eso os ruego que me digáis si le debo aconsejar que se case con ella, sabiendo cómo es, o si le debo aconsejar que no lo haga.

-Señor conde -dijo Patronio-, si vuestro pariente tiene el carácter de un joven cuyo padre era un honrado moro, aconsejadle que se case con ella; pero si no es así, no se lo aconsejéis.

El conde le rogó que le contase lo sucedido.

Patronio le dijo que en una ciudad vivían un padre y su hijo, que era excelente persona, pero no tan rico que

podiese realizar cuantos proyectos tenía para salir adelante. Por eso el mancebo estaba siempre muy preocupado, pues siendo tan emprendedor no tenía medios ni dinero.

En aquella misma ciudad vivía otro hombre mucho más distinguido y más rico que el primero, que sólo tenía una hija, de carácter muy distinto al del mancebo, pues cuanto en él había de bueno, lo tenía ella de malo, por lo cual nadie en el mundo querría casarse con aquel diablo de mujer.

Aquel mancebo tan bueno fue un día a su padre y le dijo que, pues no era tan rico que pudiera darle cuanto necesitaba para vivir, se vería en la necesidad de pasar miseria y pobreza o irse de allí, por lo cual, si él daba su consentimiento, le parecía más juicioso buscar un matrimonio conveniente, con el que pudiera encontrar un medio de llevar a cabo sus proyectos. El padre le contestó que le gustaría mucho poder encontrarle un matrimonio ventajoso.

Dijo el mancebo a su padre que, si él quería, podía intentar que aquel hombre bueno, cuya hija era tan mala, se la diese por esposa. El padre, al oír decir esto a su hijo, se asombró mucho y le preguntó cómo había pensado aquello, pues no había nadie en el mundo que la conociese que, aunque fuera muy pobre, quisiera casarse con ella. El hijo le contestó que hiciese el favor de concertarle aquel matrimonio. Tanto le insistió que, aunque al padre le pareció algo muy extraño, le dijo que lo haría.

Marchó luego a casa de aquel buen hombre, del que era muy amigo, y le contó cuanto había hablado con su hijo, diciéndole que, como el mancebo estaba dispuesto a casarse con su hija, consintiera en su matrimonio. Cuando el buen hombre oyó hablar así a su amigo, le contestó:

-Por Dios, amigo, si yo autorizara esa boda sería vuestro peor amigo, pues tratándose de vuestro hijo, que es muy bueno, yo pensaría que le hacía grave daño al consentir su perjuicio o su muerte, porque estoy seguro de que, si se casa con mi hija, morirá, o su vida con ella será peor que la misma muerte. Mas no penséis que os digo esto por no aceptar vuestra petición, pues, si la queréis como esposa de vuestro hijo, a mí mucho me contentará entregarla a él o a cualquiera que se la lleve de esta casa.

Su amigo le respondió que le agradecía mucho su advertencia, pero, como su hijo insistía en casarse con ella, le volvía a pedir su consentimiento.

Celebrada la boda, llevaron a la novia a casa de su marido y, como eran moros, siguiendo sus costumbres les prepararon la cena, les pusieron la mesa y los dejaron solos hasta la mañana siguiente. Pero los padres y parientes del novio y de la novia estaban con mucho miedo, pues pensaban que al día siguiente encontrarían al joven muerto o muy mal herido.

Al quedarse los novios solos en su casa, se sentaron a la mesa y, antes de que ella pudiese decir nada, miró el novio a una y otra parte y, al ver a un perro, le dijo ya bastante airado:

-¡Perro, danos agua para las manos!

El perro no lo hizo. El mancebo comenzó a enfadarse y le ordenó con más ira que les trajese agua para las manos. Pero el perro seguía sin obedecerle. Viendo que el perro no lo hacía, el joven se levantó muy enfadado de la mesa y, cogiendo la espada, se lanzó contra el perro, que, al verlo venir así, emprendió una veloz huida, perseguido por el mancebo, saltando ambos por entre la ropa, la mesa y el fuego; tanto lo persiguió que, al fin, el mancebo le dio alcance, lo sujetó y le cortó la cabeza, las patas y las manos, haciéndolo pedazos y ensangrentando toda la casa, la mesa y la ropa.

Después, muy enojado y lleno de sangre, volvió a sentarse a la mesa y miró en derredor. Vio un gato, al que mandó que trajese agua para las manos; como el gato no lo hacía, le gritó:

-¡Cómo, falso traidor! ¿No has visto lo que he hecho con el perro por no obedecerme? Juro por Dios que, si tardas en hacer lo que mando, tendrás la misma muerte que el perro.

El gato siguió sin moverse, pues tampoco es costumbre suya llevar el agua para las manos. Como no lo hacía, se levantó el mancebo, lo cogió por las patas y lo estrelló contra una pared, haciendo de él más de cien pedazos y demostrando con él mayor ensañamiento que con el perro.

Así, indignado, colérico y haciendo gestos de ira, volvió a la mesa y miró a todas partes. La mujer, al verle hacer todo esto, pensó que se había vuelto loco y no decía nada.

Después de mirar por todas partes, vio a su caballo, que estaba en la cámara y, aunque era el único que tenía, le mandó muy enfadado que les trajese agua para las manos; pero el caballo no le obedeció. Al ver que no lo hacía, le gritó:

-¡Cómo, don caballo! ¿Pensáis que, porque no tengo otro caballo, os respetaré la vida si no hacéis lo que yo

mando? Estáis muy confundido, pues sí, para desgracia vuestra, no cumplís mis órdenes, juro ante Dios daros tan mala muerte como a los otros, porque no hay nadie en el mundo que me desobedezca que no corra la misma suerte.

El caballo siguió sin moverse. Cuando el mancebo vio que el caballo no lo obedecía, se acercó a él, le cortó la cabeza con mucha rabia y luego lo hizo pedazos.

Al ver su mujer que mataba al caballo, aunque no tenía otro, y que decía que haría lo mismo con quien no le obedeciese, pensó que no se trataba de una broma y le entró tantísimo miedo que no sabía si estaba viva o muerta.

Él, así, furioso, ensangrentado y colérico, volvió a la mesa, jurando que, si mil caballos, hombres o mujeres hubiera en su casa que no le hicieran caso, los mataría a todos. Se sentó y miró a un lado y a otro, con la espada llena de sangre en el regazo; cuando hubo mirado muy bien, al no ver a ningún ser vivo sino a su mujer, volvió la mirada hacia ella con mucha ira y le dijo con muchísima furia, mostrándole la espada:

-Levantaos y dadme agua para las manos.

La mujer, que no esperaba otra cosa sino que la despedazaría, se levantó a toda prisa y le trajo el agua que pedía. Él le dijo:

-¡Ah! ¡Cuántas gracias doy a Dios porque habéis hecho lo que os mandé! Pues de lo contrario, y con el disgusto que estos estúpidos me han dado, habría hecho con vos lo mismo que con ellos.

Después le ordenó que le sirviese la comida y ella le obedeció. Cada vez que le mandaba alguna cosa, tan violentamente se lo decía y con tal voz que ella creía que su cabeza rodaría por el suelo.

Así ocurrió entre los dos aquella noche, que nunca hablaba ella sino que se limitaba a obedecer a su marido. Cuando ya habían dormido un rato, le dijo él:

-Con tanta ira como he tenido esta noche, no he podido dormir bien. Procurad que mañana no me despierte nadie y preparadme un buen desayuno.

Cuando aún era muy de mañana, los padres, madres y parientes se acercaron a la puerta y, como no se oía a nadie, pensaron que el novio estaba muerto o gravemente herido. Viendo por entre las puertas a la novia y no al novio, su temor se hizo muy grande.

Ella, al verlos junto a la puerta, se les acercó muy despacio y, llena de temor, comenzó a increparles:

-¡Locos, insensatos! ¿Qué hacéis ahí? ¿Cómo os atrevéis a llegar a esta puerta? ¿No os da miedo hablar? ¡Callaos, si no, todos moriremos, vosotros y yo!

Al oírla decir esto, quedaron muy sorprendidos. Cuando supieron lo ocurrido entre ellos aquella noche, sintieron gran estima por el mancebo porque había sabido imponer su autoridad y hacerse él con el gobierno de su casa. Desde aquel día en adelante, fue su mujer muy obediente y llevaron muy buena vida.

Pasados unos días, quiso su suegro hacer lo mismo que su yerno, para lo cual mató un gallo; pero su mujer le dijo:

-En verdad, don Fulano, que os decidís muy tarde, porque de nada os valdría aunque mataseis cien caballos: antes tendríais que haberlo hecho, que ahora nos conocemos de sobra.

Y concluyó Patronio:

-Vos, señor conde, si vuestro pariente quiere casarse con esa mujer y vuestro familiar tiene el carácter de aquel mancebo, aconsejadle que lo haga, pues sabrá mandar en su casa; pero si no es así y no puede hacer todo lo necesario para imponerse a su futura esposa, debe dejar pasar esa oportunidad. También os aconsejo a vos que, cuando hayáis de tratar con los demás hombres, les deis a entender desde el principio cómo han de portarse con vos.

El conde vio que este era un buen consejo, obró según él y le fue muy bien.

Como don Juan comprobó que el cuento era bueno, lo mandó escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

*Si desde un principio no muestras quién eres,
nunca podrás después, cuando quisieres.*